



LA ORACION DE DOMINGO

“Sólo hablaba con Dios o de Dios”. Así veían sus contemporáneos a Domingo. Ese testimonio es una forma breve de destacar su condición de contemplativo, de hombre de Dios, de maestro espiritual..., títulos todos que la caen bien a Domingo y títulos que todo seguidor de Domingo (laico o religioso) debería de tener.

«De día nadie más cercano a los hombres; de noche nadie más cercano a Dios». Era una forma de explicar lo que Domingo vivía, el proceso de vaivén que tenía lugar entre su actividad apostólica y su forma original de ser contemplativo.



La contemplación de Dios desde el corazón doliente de la historia humana es el rasgo más específico de la experiencia de Dios en Domingo. Es la clave de su espiritualidad de encarnación y de su proyecto.

Domingo fundamenta su proyecto de vida sobre la oración y la experiencia de Dios. La fe radical es el único punto de apoyo de todo proyecto de vida cristiana. Si falta la fe radical, todo carece de sentido. Fue el drama de los discípulos de Emaús: estaban desanimados porque les faltaba la fe. Eso es lo substancial. Las formas de oración y contemplación son asunto importante, pero secundario.

Domingo se ejercitó en la fe radical y en la experiencia contemplativa de Dios bebiendo en dos fuentes: la tradición eclesial y su propia experiencia apostólica.





La tradición eclesial: desde la infancia y a lo largo de su vida Domingo mantuvo continuos contactos con el monaquismo (vida de los monjes). Especialmente significativa fue su estancia en la catedral de Osma. Allí aprendió las lecciones del silencio contemplativo y de la oración eclesial como modos propicios para hacer crecer su experiencia contemplativa.

Su propia experiencia apostólica: es la otra fuente de su dimensión contemplativa. Al contacto con la humanidad doliente se aviva la fe de Domingo; su oración apostólica se toma oración o clamor de intercesión; y la contemplación del misterio de Dios queda asociada a la contemplación del misterio humano (la Biblia en una mano y el periódico en la otra, como le gustaba decir al P. de Cuesnongle). Esta fe radical profundamente encarnada y esta contemplación desde el corazón doliente de la historia humana, son rasgo específico de la espiritualidad dominicana.



“Contemplar y anunciar a los demás lo contemplado”. La expresión ya es de Santo Tomás de Aquino, pero recoge perfectamente el carácter espiritual de Domingo.

Una cosa es clara para Domingo: es imposible una verdadera predicación, si no está sustentada antes por una profunda experiencia de Dios. Y ésta se inicia en el contacto con el drama humano. Por eso, la oración y la contemplación nos capacitan para mirar el mundo con los ojos de Dios, con profundas entrañas de misericordia.

Con nuestra vida de oración, ya comunitaria ya individual, alimentada por el estudio y la vida común, seremos testigos de un Dios que comparte la vida de los hombres. Así, frente al secularismo que encierra al ser humano en el universo puramente mundano, daremos testimonio de Dios.

El miembro del MJD valora la dimensión celebrativa, tanto en la oración personal como en las celebraciones comunitarias, como expresión de la fe descubierta y compartida, y como lugar de encuentro con Dios. La oración es para todo dominico(a), el centro y el corazón de su vida.

Para Santo Domingo el centro de la actitud de alabanza es la Eucaristía. Una Eucaristía celebrada, compartida, festejada en común. En ella está el perdón, la Palabra, la súplica, el silencio, la comunión...No es “un método de oración”, es “el método”. Ella ha de ser la orientación clave de nuestra oración dominica, de nuestra oración cristiana, como el movimiento constante de nosotros hacia Dios, y de Dios hacia nosotros.

Toda oración nos ha de llevar, como miembros del MJD a la meditación y estudio reflexivo de la Palabra de Dios. Estudio es orar y viceversa, para los dominicos(a). El estudio hondo, buscador de la Verdad en la vida, las ideas, los hombres, es meditación orante para el dominico/a.





La oración no se reduce a los tipos de meditación popularizados. Orar es amor, conocimiento, tensión, búsqueda de respuestas humanas y cristianas a los problemas, angustias y anhelos de los hombres y mujeres, nuestros hermanos.



No podemos pasar por alto el profundo sentido Mariano de la Orden. Se nos ha considerado en un principio, como los “frailes de María” por la difusión popular del rezo del Rosario.

Pero la presencia de María en la Orden y en la “familia dominicana” va mucho más allá. María es para todo/a dominico/a “nuestro refugio, nuestra abogada ante su Hijo Jesús, nuestro Patrocinio” como afirma el Maestro de la Orden, Fray Humberto de Roman: “La Virgen María fue una grande ayuda para la fundación de la Orden y se espera que la lleve a buen fin”. Por eso, los dominicos reconocen desde sus inicios la protección de la Virgen y “no duda en confesarla y la recomienda a todos los frailes, monjas, hermanas, laicos y jóvenes, para que apoyados en su protección maternal, se unan con mayor intimidad al Mediador y Salvador Jesús” para llevar a cabo la difícil misión de la salvación de los hombres.

Santo Domingo y la Orden, desde el principio sintieron a María como “Madre de Misericordia”. Ella será “nuestro PATROCINIO” hasta el final.

